

21 Chajarí 1996

Un lunes, el bajista Gustavo Babini y su novia invitan a Gilda y a Toty a un asado en Benito Juárez. Durante la comida hablan exclusivamente de trabajo. Ella está preocupada por lo mucho que le falta para llegar a la meta económica que se ha propuesto. Compara el trabajo que ellos vienen haciendo sin pausa con el de otros, como el grupo Sombra.

—Bueno, están en todos lados —dice Toty—. Vos sos la mejor pero todavía no te conocen lo suficiente.

—Yo en marzo, si la cosa no avanza, no voy a cantar más —dice Gilda.

Al día siguiente, Toty pide una consulta con el psicólogo. Hace seis años que se dedica exclusivamente a ella y no puede dejar de pensar en otra cosa.

Cuando el miércoles Kuky Pumar les dice que se va a editar un disco en México, Gilda se anima de nuevo. Intuye que debe hacer cambios en su estilo. Se le cruza la idea de una especie de cumbia con reggae y se predispone nuevamente bien para un evento con las bandas cordobesas que está organizando Toty junto al Negro Videla, un cantante que prevé el espectáculo para el 21 de septiembre. De la nada, Gilda cambia un tema que están preparando para un nuevo disco. *No es mi despedida* es el título y resultará premonitorio.

La tarde del 7 de septiembre debe partir a una presentación que les llega de Chajarí, en Entre Ríos, pero antes pasa por América 2 para una nota en los *Sábados Musicales*, el programa de Fontana y Serantoni que conduce Sandra Smith, y ahí va con un vestido blanco, armado, que le gana las bromas de los músicos de la banda. Daniel Cardozo, de Los Charros, también está esperando para grabar y considera que una dama no debe estar en los pasillos, así que la invita a compartir el camarín. Como la ve tan apurada le cede su lugar frente a las cámaras, y eso será algo que Cardozo nunca olvidará.

El día se ha iniciado lluvioso y la tarde mantiene el cielo gris y el aire espeso, pesado. Gilda canta dos de sus mejores temas, *Fuiste* y *Paisaje* y sale corriendo del estudio para ir a su casa a ver a Fabricio, que se despertó con mucha fiebre.

Cuando están cargando los equipos en el micro se encuentra con un periodista conocido.

—Dale, venite que no te vamos a ver más. Dale, subí.

—No, no puedo...

—Bueno, esperá que te vamos a dar una foto. Hacé algo con esto. Algo se te va a ocurrir —le dice y le entrega una de sus fotos de su nueva serie, vestida de punta en blanco, como acaba de grabar en la televisión.

—Dale, hablemos, hablemos... —dice el periodista y se despiden.

En casa, Fabricio sigue con fiebre y entonces ella decide viajar con él y con Mariel, y la invita a Tita para que los cuide y de paso conozca las termas que hay en la zona. Está contenta con la decisión porque después de todo no les viene mal un lindo fin de semana juntos después de tantos sacrificios. Susana Diorio la ayuda a hacerse el brushing en el baño de la casa de Devoto y cuando terminan Gilda le pide una mano con el equipaje y la amiga de la infancia pone en la valija un jean y una camisa. Shyll agrega una novelita liviana y a las cinco salen para Chajarí.

El chofer del micro contratado por Reynaldo Lío tiene la costumbre de darse vuelta para charlar en la ruta. Así que la primera apreciación en el ambiente será que el accidente fue culpa suya. Muchos se preguntarán también si no habría sido producto de un atentado del Cholo Olaya. Otros terminan diciéndose que sólo siendo Dios

y mirando el kilómetro 125 de la ruta 12 desde el cielo se podría saber lo que pasó en ese atardecer fatídico. El expediente judicial N° 44.607 que se labra al día siguiente ante el Juzgado de Instrucción de Entre Ríos del doctor Eduardo García Jurado aporta la verdad de lo que ocurrió.

El micro avanza por la ruta mojada de llovizna.

Gilda viaja sentada en el segundo asiento doble del lado derecho, al lado suyo va Mariel. Fabricio y Toty Giménez ocupan el asiento doble del otro lado del pasillo. En el pasillo, sentado sobre la banqueta del bongosero, se encuentra Ricardo Alberto Fuentes. Lleva puesto su walkman y va escuchando un partido de fútbol entre Boca Juniors y Lanús; el primer tiempo ha terminado sin sorpresas y está por empezar el segundo. Fuentes va distraído mirando hacia la ruta cuando de repente ve, por detrás de un auto que avanza por el carril contrario, el frente amarillo del camión del brasilero Renato Santana.

—¿Este qué hace? —grita Fuentes casi al mismo tiempo en que el chofer pega un volantazo sin poder evitar el impacto.

El chofer brasilero intenta retomar la línea sobre el asfalto pero el micro gira por efecto del impacto contra el camión y queda detenido sobre la banquina, a cuarenta y cinco grados de la línea de la ruta.

En el último asiento de la izquierda se ubica Manuel Vázquez Durán. Al lado suyo está el «Pacha» Villalba. Durán apenas sentirá un golpe violento y después, la angustia de descubrirse aprisionado entre los hierros retorci-

dos de los asientos y los equipos de música que llevan a Chajarí. Han caído arriba suyo por efecto del violentísimo choque. A Durán lo rescatan los bomberos. En cuanto a Fuentes, logra incorporarse y bajar caminando solo, entre lamentos y gemidos. Al salir por adelante pasa junto al cuerpo sin vida del chofer, atrapado entre el volante y el frente destrozado del micro, y por encima del de Gilda.

Despedida de su asiento en el momento del impacto, ella ha quedado caída en la escalerita de acceso a la cabina. Su grueso pulóver de lana queda apelotonado bajo el mentón como arrojando la cabeza en cuya frente se va formando, lentamente, una delicada corona carnesí. Los brazos cuelgan, cruzados, por detrás de la cabeza. Tiene la expresión serena. La muerte la encontró durmiendo y se la llevó sin sufrir. Después la lluvia le fue limpiando, de a poco, la cara.